

Antonio Arraiz



PUROS HOMBRES



KORTAZARI



DONDE EL LECTOR VA A DAR A UN MUNDO SINGULAR,  
QUE PROBABLEMENTE DESCONOCÍ



**Y**o sé bien cómo fue aquella hora nona de Matías.

Él regresaba borracho de la pulpería. ¿Borracho? ¡No, qué va! ¿Borracho él? ¿A quién se le puede ocurrir semejante pazuatada? Aquel imbécil de Casimiro hace unos instantes apenas, cuando estaban ambos recostados en la ventana de la pulpería, contemplando el juego de bolos: ¿por qué lo miraba de aquel modo con sus ojitos maliciosos? Sin duda se imaginó que él estaba borracho.

Matías se sintió tentado de volver atrás, llegarse de nuevo hasta la venta, pedirle cuentas por aquella mirada. Le daría un machetazo en el cogote, por el lado derecho, así:

—¡Juaj!

Levantó el machete y lo descargó sobre uno de los palos de la estacada que orillaba el camino. Una ramita tronchada cayó al suelo, que no era, en aquel momento, nada más que un solo fangal rojo mojado por la lluvia y hollado por las pezuñas de los animales. Una ramita verde, con seis hojitas primorosas, tres de cada lado, caía graciosamente en medio del barro inmundo. Matías quedó encantado del tono rápido, diestro, con que el machete silbó en el aire. Qué divertido sería ver caer, del mismo modo, la pequeña cabeza de Casi-

miro, menuda, enjuta, maliciosa, con la roja punta de la lengua asomada entre los dientes tabacosos, guiñando el ojo amarillento, mientras lanzaba, desde el lodo húmedo, su exclamación favorita:

—¡Cójala!

Verdaderamente entusiasmado con su descubrimiento, Matías alzó de nuevo el machete, recogió todo el aliento de que era capaz, y lo trató de descargar por segunda vez sobre la palizada. Pero el ímpetu fue demasiado fuerte, el pulso demasiado incierto, la hoja pasó rozando sin encontrar resistencia, y el hombre dio un traspiés hacia adelante, resbalando en el suelo patinoso. Sin embargo, no cayó. Se enderezó, y se detuvo un instante, mientras reflexionaba:

—¡Bah! No vale la pena ese virote.

Así pues, desistió de darle más machetazos a Casimiro, y echó adelante. Tres pasos más allá se paró con una nueva idea que le brillaba en el semblante: una nueva idea que resolvería de un modo categórico todo el problema; intentó sostenerse sobre un solo pie. No lo conseguía; era muy difícil: la tierra estaba sumamente mojada, la alpargata se le deslizaba, perdía el equilibrio. Necesitó ayudarse apoyando el filo del machete sobre el suelo, y aún así, se mantuvo apenas un segundo. El filo de un machete es tan poca cosa: un pelo, menos que un pelo. Se podía decir, sin adular mucho la verdad, que había estado parado sobre un solo pie. Con todo, a pesar de estos argumentos especiosos, no quedó muy satisfecho de sí mismo.

Sin embargo, reaccionó a los pocos pasos. Se detuvo de nuevo; aspiró hondo, llenó de aire húmedo el amplio tórax, enarcó el pecho fuerte y recio, atesó los poderosos músculos de los brazos, alzó la frente gallarda. La lluvia, al ras del ala del sombrero, le humedecía la punta de la nariz y las guías de los espesos bigotes entrecanos.

—Un hombre no se emborracha —dijo de repente en voz alta.

Este pensamiento lo llenó inesperadamente de una majestuosa alegría. El sonido de su voz, que era rotunda, le causó alborozo, como si no la hubiera oído nunca. La tarde era lluviosa y deprimente: de esa fría llovizna interminable que va aniquilando a quienes caminan bajo ella, hasta el extremo de que sus movimientos, sus energías, sus pensamientos, su vida toda se apaga en una sorda extensión, inmensa y

hueca y sin proximidades. Pero el sonido de la voz de Matías era diferente: vigorizaba el cuerpo como una fricción con aguardiente.

Por delante tenía una larga cuesta en que el camino serpeaba por la ladera de la colina. No obstante lo dificultoso del terreno, la subió corriendo, con una fuerza triunfal pintada en el rostro, y sin resbalarse.

Una vez arriba se sintió más tranquilo, más dueño de sí. Una sonrisa le cruzaba la cara bonancible. Ya estaba descartada por completo aquella absurda ocurrencia de la borrachera. Recordó la frase que acababa de pronunciar instantes atrás. Sin duda alguna, era una frase importantísima, de especial significación: le daba vueltas en el cerebro, y ahora le parecía que quería decir otras cosas, que tenía sentidos distintos, otras interpretaciones singulares en las cuales no había reparado en el primer momento y que ahora se le esfumaban en el entendimiento. La frase entera era como una trayectoria luminosa en la cual habían fragmentos fosforescentes y fragmentos oscuros: como, por ejemplo, una sucesión de cocuyos en vuelo. Mientras éstos se encendían, aquéllos se apagaban, y era como si no existiesen.

Matías sintió la necesidad imperiosa de repetirla en voz alta. Se paró y la dijo:

—Un hombre no se emborracha.

Pero aunque su voz fue todo lo alta y su tono todo lo enfático que supo, y la recitó poco a poco, sílaba a sílaba, concentrando el cerebro en recoger de ella su exacto contenido esotérico, no sacó mayor cosa en limpio.

Este fracaso lo desconsoló profundamente. Todo su entusiasmo, y lo que es peor: todo su vigor físico de hace un minuto, desaparecieron. Continuó por el camino pegajoso, bajo la lluvia maldiciente, en medio de la tarde que lo apretujaba, cabizbajo, abatido, dando trapiés a todo lo ancho del sendero, con la boca y las narices irritadas por el aguardiente, y un negro rencor contra la humanidad. Un hipo desesperante comenzó a templarlo por el esófago, como si le diese tirones para frenarlo. Un frío malestar le irradiaba ahora desde lo bruto del cuerpo hacia el espíritu.

Matías se dedicó a rumiar incongruentes cavilaciones acerca de las piedras blancas que se multiplicaban ahora por el camino. La senda atraviesa en esta parte una veta pedregosa de la montaña, y Matías no para de meditar por qué las guijas blancas se ponen más blancas con la lluvia, y la tierra roja más roja, y por qué la tierra se ablanda y se vuelve pantano, y las guijas más duras.

Y de vez en cuando le mandaba un machetazo a cualquiera de las ramas de la estacada. Pero no era el limpio, jubiloso golpe de machete de antes, sino malhumorados machetazos a las ramas que le salían al paso para estorbarlo. Únicamente para estorbarlo.

—Bueno pues, compadre.

Matías alzó la cabeza, asustado. Era Domitila, que venía en dirección contraria, resguardándose la cabeza de la lluvia con un paño de mano. Algunos pasos detrás de ella su hija Matilde, asimismo con la cabeza embojotada. Un poco más atrás Porfirio, el muchacho, con un machete en la mano y una hoja de cambur a guisa de paraguas.

—Bueno, comadre —contestó Matías, en tanto que se detenía.

Las tres personas continuaron adelante. A su vez Matías reanudó su vacilante marcha. Sin volver la cara, adivinó, sin embargo, cómo aquéllas se habían parado, no lejos, y cómo le seguían con la vista.

—Va borracho otra vuelta —entendió que decía Domitila.

—Va borracho —asintió su hija.

—La pobre comadre. Esta tarde es paliza segura, otra vuelta.

—Paliza segura —volvió a asentir la hija.

¡Condenadas mujeres! ¿Qué tendrán que estarse metiendo en lo que no les incumbe? No obstante, Matías no tuvo ni por un momento la idea de devolverse y pedirles cuenta, como con Casimiro. Por el contrario, metió más la cabeza en el pecho, y apretó el paso. Sólo el hipo lo galvanizaba intermitentemente.

Todo el resto de humor que le hubiera podido quedar todavía en algún apartado lugar de su corpachón ahito de alcohol se fue al diablo con esta impertinencia de las mujeres. Como una náusea cayó sobre su pensamiento la representación de su mujer: sucia, andrajosa,

con la barriga chorreada de carbón y de manteca, la cabeza desgredada, y las tetas colgando que le daban al ombligo, como muy bien podía observarse por encima de la cota. Por primera vez se dio cuenta Matías en este momento de una circunstancia horrorosa que resultaba evidente del rumbo mismo que seguía:

—¿Para dónde voy yo? —se preguntó, y él mismo se contestó:

—Para el rancho.

Esta certidumbre le causó una sombría desesperación. De súbito se acabó para él, se cerró, copió un abanico que se cierra (y fue sólo ahora cuando se vino a cerrar), todo el día luminoso, el sol, la dorada mañana, la pulpería, el juego de bolos y la dicharachera compañía de los amigos. Ahora apareció, instantánea, la tarde desagradable, la llovizna, el fango, y a su extremo, el rancho, donde una mujer fea, vieja, con las tetas colgando, estaría parada en la puerta, repugnante, chillando con su voz gongosa:

—¿Y los diez bolívares? ¿Dónde están los diez bolívares? ¿Dónde están los diez bolívares para que coman los tripones? ¿Dónde están los diez bolívares que te has ganado en esta semana para dar de comer a tus hijos?

Matías palideció, se detuvo, se metió el machete entre ambas piernas sosteniéndolo con las rodillas, y empezó a registrarse todos los bolsillos. Era inútil, y ya él lo sabía de antemano, puesto que no olvidaba que si había regresado de la pulpería fue porque se le agotó el dinero.

—Vaya al cipote —rezongó —¿Qué tengo yo que ver con que haya gastado mis centavos o no?

Y prosiguió adelante, con ademán decidido. Pero una rabia feroz se le acendrababa a cada paso.

—¿Una paliza? —reflexionó en voz alta—Ya lo creo que se va a llevar su paliza para que no sea vieja sucia —y con energía repitió: —Vieja sucia, vieja sucia.

Se había equivocado en sus anticipaciones: su mujer no salió a la puerta a reclamarle el dinero, como lo preveía. Estaba echada en el catre, en el fondo oscuro del rancho, con un reguero de trapos en

torno del pecho, y las dos terrosas plantas de los pies descalzos visibles, vueltas hacia la entrada. Martina, la penúltima, estaba sentada en el suelo, cerca de la puerta, desnuda en pelota, con la carita tiznada, comiendo de un plato de peltre cuya posesión necesitaba disputar continuamente al cochino que rondaba en su torno. Carlota, algo más crecida, se hallaba agachada delante del fogón, soplándolo con la boca: cuando entró su padre se enderezó. La menor de todas se debía encontrar seguramente en el catre, con la mamá. Matías paseó la mirada en torno suyo.

—¿Y Pedro?

—¿Pedro? Guá. Por ahí anda —le contestó la mujer desde la yacija.

Hubo un silencio.

—¿Y Alberto?

—¿Alberto? Guá. Por ahí.

Y luego de un rato, terminó la mujer:

—¿Yo sé, pues?

Matías terminó de entrar; dejó el machete contra un horcón. Dio una corta vuelta. Examinó un pedazo de salón que colgaba de un alambre: un delgado, negro, durísimo filete de salón donde se acumulaban las moscas. Observó un rato a Martina: la pequeña introducía sus dedos pulgar, índice y medio de la mano derecha en el plato, recogía un poco del mazacote blanco de boronas de arepa, arroz y agua, que tenía allí, y se lo restregaba contra la boca y la nariz. Pero el cochino la interrumpía a cada momento metiendo el hocico en el plato. El bracito izquierdo de la chica hacía ademanes vagos y cansados, en el aire, tratando de espantarlo.

—Sale, cochi —exclamó Matías, y trató de darle un puntapié.

—Sale, cochi. Sale. Sale —vino Carlota, con una estaca en la mano. Pero apenas le volvió la espalda y regresó al fogón, el animal reanudó su ataque e introdujo la trompa en el plato —¿Y Fortunata? ¿Y Usebia? —volvía a preguntar Matías, al cabo de un rato.

—Cogiendo unas chamizas.

—¿Cogiendo unas chamizas? ¿Con tanta agua?

—Cuando salieron, ¿estaba lloviendo, pues? Ahoritica fue que comenzó el invierno.

Matías se volvió hacia la mujer: todas las anteriores preguntas se las había hecho dándole la espalda. Una luz verdosa, cuya luz de lluvia se colaba por los numerosos huecos entre el barro y las cañas amargas de las paredes del rancho, caía de chaflán sobre el semblante de la coima, acentuándose los huecos debajo de los pómulos y el color cetrina de la tez.

—¿Y vos? ¿Qué tenéis?

—La puntada del hígado que me ha vuelto a pegar otra vuelta.

—Ven acá —dijo de pronto Matías, y su voz sonó fuerte, imperiosa, fatal.

La mujer irguió la cabeza, y lo miró largo tiempo, en silencio, con aire de extrema resignación, antes de resolverse a comenzar tardos movimientos debajo de los trapos. Carlota también dejó su ocupación de soplar el fogón, y se paró, expectante, mirando a su papá. Matías se percató de la sensación que había causado su mandato, y esto terminó de enfurecerlo.

—La pobre comadre. Esta tarde es paliza segura —recordó con toda nitidez.

Así, cuando la tuvo cerca, le soltó a su mujer un tremendo sopapo con el revés de la mano izquierda. Matías era hercúleo. La pobre mujer fue a dar contra la pared de bahareque, y allí quedó sentada, sin quejarse, pero agarrándose con ambas manos la mandíbula. El hombre buscó en torno suyo, rápidamente, un palo con que pegarle. Pero aunque había muchos en el rancho, el único en que reparó fue en un grueso botalón empotrado en el suelo, cerca de la pared. Corrió hacia él, y forcejeó por sacarlo, tirándolo hacia arriba; pero no lo pudo lograr a pesar de sus fuertes sacudidas.

Entonces la mujer notó el grueso y la solidez del asta que Matías pretendía usar para vapulearla. Alarmada, se lanzó sobre él, y lo agarró por las manos, luchando por apartárselas del palo. Matías, en efecto, lo soltó, pero fue para volverse contra ella, y rechazarla, poniéndole una de sus manazas en su hombro y otra en la cara.

Ella se abrazó del muslo del hombre con tanta desesperación que le quitó toda acción a la pierna, y le hizo perder el equilibrio. Para no dar consigo en tierra, Matías tuvo que aflojarla, y apoyarse en un horcón del rancho. Luego, con la otra mano, la volvió a asir por los cabellos, y la empujó de sí.

Al hacerlo, le echó la cabeza hacia atrás, violentamente. Sus manos y sus pies se le anudaban en torno de la pierna. Sus uñas le agarrotaban los muslos. El pecho de la mujer se arqueaba en una posición grotesca. La cota se le había roto, y por la abertura se le miraba la piel oscura, cuarteada de mugre, las clavículas salientes, un hombro flaco, y el cuello en que se dibujaba la retícula de las venas.

Fue este dibujo caprichoso, estas raicillas innumerables, lo que llamó la atención de Matías. Se desentendió del palo y de las gredas, y con las dos manos agarró de repente aquella garganta desnuda.

Con un salvaje instinto de conservación, la mujer se sacudió con fuerza; con tanta fuerza, que logró desprenderse, y le clavó un mordisco en el muslo.

Matías la agarró de nuevo, enseguida, por el cuello, y comenzó a apretar con creciente intensidad. Poderosas convulsiones ascendían por el cuerpo desgastado de la mujer; sus manos frenéticas recorrían las piernas y las caderas del hombre. Se escuchaba cómo sus tetas flácidas golpeaban a cada movimiento contra el abdomen. Una babaza cálida principiaba a correr por entre los dedos de Matías. Un pujido entrecortado comenzó a oírse, pues hasta entonces la lucha había sido silenciosa.

—Carlo... Carlo... Carlota... —pudo al fin balbucir—. Me ma... me ma... ma... ma...

La escena era bastante expresiva para que necesitase hablar más. Haciendo fuerzas de flaqueza, y a pesar del gigantesco pánico que le infundía su padre, Carlota se decidió a levantarse, y acercándose poco a poco, llegó hasta Matías y le dio un empujón.

Matías se tambaleó; saltó adelante, sobre el pie izquierdo, y fue a asentarle sobre una pierna de Martina, la muchachita, la que estaba en el suelo con el plato en la mano. Martina lanzó un berrido escandaloso. El cochino huyó por la puerta gruñendo alarmado. Matías

aflojó a su mujer, logró desasirse la pierna apesada, miró a su alrededor, vio cerca el machete que había dejado cerca de la puerta, lo tomó y se lanzó sobre Carlota. Pero ésta, con agilidad que centuplicaba el miedo, escapó por una de las troneras de la pared posterior al rancho.

Cuando el hombre dio la vuelta, abandonando esta persecución, observó que la mujer se había arrastrado hasta cerca del catre, donde trataba de arrodillarse, sobándose el cuello. En el centro del rancho, en el suelo, Martina lloraba a grito pelado. Matías fue a poner el machete en el mismo lugar de donde lo había tomado, se encaminó hacia la mujer y la agarró otra vez por la garganta. Ella casi no opuso resistencia.

Apretó. Fue apretando más y más. La respiración se le hacía más honda, más sonora, y más ronca: silbaba y tenía modulaciones de viento fuerte soplando entre penascales. Sus manos le arañaban rabiosamente los antebrazos. Los ojos le comenzaban a blanquear. Las pupilas se le inyectaban de rojo, y las venas de las sienes se le hincharon. La cabeza tenía ahora un balanceo regular, casi gracioso, a compás con el ritmo que le imprimían las manos de Matías. La lengua se le asomaba entre los labios amoratados: una punta de lengua roja y salivosa; y Matías recordaba la lengua de Casimiro, cuando le cercenó la cabeza de un tajo:

—¡Cójala! —había dicho.

—¿Por qué esta mujer de porra no dirá ahora: Cójala?

Lo único desagradable e importuno era el estridente llanto de Martina, en el centro del rancho. Chillaba de una manera tal, que amenazaba tragarse el mundo con sus chillidos, y horadaba la cabeza de Matías de una sien a la otra. De repente, el hombre soltó a la mujer, se levantó —mientras ella caía inerte— fue hasta la puerta, cogió el machete, y ¡juaj!, le rebañó la cabeza a la muchachita.

—¡Juáj! —sonó en efecto, tal como él lo había supuesto. Una serie de surtidores de sangre brotaron del cuello tronchado, y en el rancho cesó el escándalo de los chillidos.

Antes de volver hacia la mujer, Matías se percató de que Carlota estaba parada en la tronera de la pared, contemplando la escena con

los ojos desorbitados; y se lanzó contra ella. Pero Carlota dio un grito y desapareció.

Entonces Matías, con todo reposo, colocó el machete en su lugar, regresó al lado de su mujer, y la acabó de estrangular.

Se sentía quebrantado, molido, cansado hasta el infinito. Al lado suyo estaba el catre. Se subió allí. Su cuerpo tropezó con una forma humana, pequeña. Ah, sí: era la menor de todas, la tripona, que todavía no la habían bautizado. Dormía tranquilamente. Matías la arropó con extraordinaria ternura, teniendo esmero en cubrirle los piececitos; la abrazó suavemente contra sí, acariciándola, y a su vez se quedó dormido en plena beatitud.

Allí lo encontraron, dormido, horas más tarde, cuando vinieron a buscarlo.

\*\*\*

Ahora está aquí, sentado en su taburete, cerca de la puerta, con la verga de toro, símbolo de su autoridad, entre las piernas, y contempla con celo lo que sucede en su alrededor. De vez en cuando se recuerda de su importancia, de su alta jerarquía: un ruido inesperado, un rumor de disputa, una pregunta que le hacen en tono que a su juicio carece del debido respeto, cualquier incidente que se la trae a la memoria. Matías se endereza en su taburete —ese taburete es el único que existe aquí adentro y, por lo tanto, equivale a un trono— frunce las espesas cejas, agarra con energía la verga, echa en su torno miradas que intimidan, y un segundo después, tranquilizado, se sosiega, y vuelve a su actitud de abandono.

Otras veces —esto sucede a cada momento— es el buzón que se abre. El buzón se abre siempre con una algarada de metales. La puerta es toda de barrotes de hierro; además, está formada con láminas de hoja de lata herrumbrosa; así sólo queda en claro un angostísimo boquete cuando abren el buzón; y con todo, apenas lo entreabren ligeramente: lo indispensable para que penetre la cabeza y un brazo del ordenanza. Por esta hendija se puede columbrar un pedazo del patio, el nacimiento de la escalera por donde los centinelas suben a la gari-

ta central, y allá, al fondo, la puerta del otro departamento, también de hierro, y también herméticamente tapada con latón.

El ordenanza deja sobre el suelo una cesta, una portavianda, un paquete envuelto con papeles o con servilletas; y Cisneros, o el negro Julio, o Alfonso *Nariz de tacón*, o Alberto, lo recogen. Matías vigila todo este proceso escrupulosamente; no se le escapa un solo detalle. Cada vez que suena el buzón su cabeza salta, inquieta, avizora, contraída de celosa expectación, y las cerdas entrecanas del bigote y las de las cejas se le erizan como antenas receptoras.

Luego se afloja otra vez, poco a poco, su tensión. Suelta la verga. Las cejas, que le habían ascendido a mitad de la frente, vuelven a su lugar natural. El centelleo de las pupilas se apaga con rapidez como los filamentos de un bombillo desconectado cuando se los mira fijamente en plena oscuridad. El aire inexpresivo de animal tardío se apodera de nuevo de su semblante. Y coge otra vez su pizarra, contra la cual se rompe en fragmentos, igual que el lápiz, su brutalidad.

Ahora está aquí, inmóvil, arrumado, inservible, echado sobre el taburete, con la verga entre las piernas, eficaz sólo para esta función de atención de resorte al sonido del buzón; y su hermosa musculatura, que se le hincha debajo de la franela, tiene una potente tristeza de maquinaria en reposo.

Al principio, le preguntaban, escandalizados:

—¡Pero Matías, qué brío el tuyo! ¿Cómo se te ocurrió matar a tu mujer, y a tu muchacha, y al hombre ese que macheteaste en la pulpería?

Las cerdas de las cejas se le subían hasta la mitad de la frente; más arriba aún: hasta cerca de la áspera pollina; sorprendidas, asombradas, como si asistiesen a una revelación.

Había referido ingenuamente que estranguló a su mujer, y que le cortó de un machetazo la cabeza a su hija, y que de otro machetazo mató igualmente a un hombre llamado Casimiro en la pulpería; y los compañeros le observaban con ligera curiosidad, mezclada con burla.

En ese tiempo, eran frecuentes las burlas.

—Oye Matías, angelito serenado, pásame acá una mascadita de chimó —le decía Besugo.

—Mira, Matías, ¿por cuánto me vendes tres cuartos de vara de tripa de recién nacido? —le preguntaba Miguel Ángel.

—Escuchá vos, Matías —le proponía Eustaquio—: Yo tengo allá en casa dos hermanas menores, buena mozonas ellas, y una prima, y una cuñada, y una abuela que es tuerta de un ojo; ¿cómo te parece si las cogemos y las pasamos por filo a toditas cinco para el almuerzo de mañana? En unos tropezones con las caraotas deben quedar AA. número 1°.

—Ese Matías sí que tiene el alma bien peluda —comentaba Silvita.

—Ahora es que va a saber lo que es bueno —pronosticaba Javier.

Lo llamaban Cójalo, y Guadajumo, y en torno suyo había siempre un corro de reilones.

Más tarde, estas burlas comenzaron a incomodarle. En lugar de alzárseles hasta el cráneo, las pesadas cejas le caían ahora sobre los ojos encapotados; y cuando alguien le preguntaba, desde lejos:

—Ah, Matías, ¿con qué te desayunaste esta mañana?

El otro, que tenía ya en la punta de la lengua la frase con que se completaba el chiste:

—Con nalga de niño chiquito.

Al observar su expresión amenazadora se la tragaba, y fingía estar muy ocupado puliendo su cacho.

Matías no decía una sola palabra.

Pero, efectivamente, como se lo profetizaban, fue dándose cuenta de que «ahora sí iba a saber lo que es bueno». Calabozos, paredes desnudas, el piso de cemento, hambre, ni una puerta, ni una ventana, ni un poco de luz, empellones, hombres con máuseres que lo remolcaban para allá y para acá; otros calabozos, otros techos, otras paredes desnudas, traslados, ambientes tétricos y desconocidos.

—Pero, ¿qué razones tenía usted para cometer ese horrible crimen?

El abogado de pobres era un hombre gordo, aceitunoso, con el paltó de casimir negro lleno de caspa. Tenía a cada momento tal gesto de desdén aburrimiento con la boca amargada y con la mano regordeta, como si quisiese decir:

—Pero, ¿hasta cuándo estará aburriéndome con sus atenciones el presidente de la república?

Se había sentado en una silla, al lado de un escritorio, con un grueso legajo de papeles que había estado examinando entre las manos. Matías lo miraba embobado, sin saber qué contestar. El abogado clavó en él la vista:

—¿No oyes? ¿Qué razones te movieron para ejecutar este hecho?

Y como él no saliese de su estupor:

—¿No entiendes?

El dijo que sí con la cabeza, pero no agregó nada. El abogado se impacientó:

—¿Por qué mataste a esa mujer y a esa criatura?

Y su rostro adiposo se acercó al suyo, mientras sus ojos deslucidos le escudrinaban:

—Guá...Yo... Fue que... ¿La criatura?...Yo no sé... Ella estaba...

El otro cambió de táctica:

—Anda.Vamos. ¿No ves que yo soy tu abogado, tu defensor? A mí sí me lo puedes decir todo. Cuéntame cómo fue que pasó. Anda, cuéntame. Es por tu propio interés, para estudiar tu causa, para defenderte bien. ¿No comprendes?

A pesar de ello, no sacó mayor cosa en claro.

Entonces hizo con su manecita abacial y con su boca cínica su célebre gesto: «¿Hasta cuándo me fastidia el presidente?», y le dijo al soldado.

—Llévese al reo.

Uno de esos días fue cuando entró Froilán Salazar al presidio. Era un hombrecillo bajo, rechoncho, de mirada inteligente. Le contaron lo de Matías.

—¿Casimiro? ¿Qué Casimiro? —preguntó.

Lo llevaron frente a Matías, y lograron que éste repitiera el episodio.

—¿Qué Casimiro es éste? —insistió Froilán.

—Guá. Casimiro López.

—¿Uno que vive en Pedregal?

—Sí. Ése es. Ahí es. Ésa fue la pulpería donde pasó el hecho —declaró Matías, sintiendo un inusitado alborozo al presentir que el recién llegado era de su misma región, de su lugar, venía de por aquellos sitios, podía darle noticia de sus conocidos—. ¿Habrá parido ya la señora Eduviges? —fue la pregunta que tuvo a flor de labios; y acto seguido recordó que Pánfilo, el marido de Eduviges, le había convidado a celebrar los orines tan pronto copio le pariera la mujer. —¡Ah, buena rasca iba a ser ésa!

Froilán, extrañado, lo medía de arriba abajo con la mirada.

—¿Este hombre está medio...? —le preguntó a Celedonio, que estaba a su lado, y se tocó la cabeza.

—No. Por lo menos no da manifestaciones. Él parece que está sano y bueno.

—¿Casimiro López? —repitió Froilán, dirigiéndose a Matías—. Ese hombre está más vivo que usted y que yo.

Matías quedó estupefacto.

—Adiós, corotos. Ésta sí que es buena —coreó alegremente Miguel Ángel. Ahora resulta que el difunto está vivo y coleando —¿Cómo es eso, Matías? ¿Tú le probaste bien el filo al machete?

El pobre hombre no acertaba a explicarse. Cuando lo dejaron quieto, se llevó a Froilán hasta un rincón, y acorralándolo contra la discreta soledad, lo acribillaba a preguntas:

—Pero ¿es verdad? ¿Vos lo viste? ¿No está ni herido siquiera? ¿Sigue viviendo en Pedregal? ¿Está todavía con su mujer Matilde? ¿Vos lo viste, jugando bolos, en la pulpería? ¿En la pulpería de Pedregal? ¿A Casimiro López? ¿Estás bien seguro de que era Casimiro López, de Pedregal?

—Casimiro López, de Pedregal —afirmaba con energía Froilán.

—Ahora me van a venir con que mi mujer y la muchacha andan por ahí vivas, también —se dijo Matías, y esta reflexión lo llenaba de pavor.

El mentís de Froilán desacreditó mucho las historias de Matías. Pero nadie pudo sospechar el tremendo efecto que tuvo sobre el mismo Matías. A partir de ese momento, acabó por sentirse completamente descorazonado, completamente derrotado, como si le hubiesen cortado las dos manos, los dos pies, le hubiesen sacado los ojos, le hubiesen sacado la lengua, lo dejaran mutilado e inválido, y desde el fondo de su desesperación contemplase su propia ruina irremediable y eterna. Lo llevaban, lo traían, le preguntaban, le volvían a preguntar, lo sentaban en las sillas, ante unas mesas con carpetas donde había papeles y un tintero, lo transportaban por las calles entre números de tropa, lo zarandeaban como un trasto.

Un día, cansado de no conseguir nada de él, con su gesto de «¿hasta cuándo?», el abogado le aconsejó:

—Diga que usted mató en defensa propia.

Aleccionado por él, cuando se encontró en la silla, pronunció con su sonora voz de bajo profundo:

—Sí, señor: declaro en mi descargo que maté en defensa propia.

El señor que estaba delante de él —un jovencito delgado, bien peinado, con un bigotito de cepillo sobre el labio, y una manera insultante de desnudar a los hombres con la mirada, como si los desollase— levantó hacia el techo la cara y lanzó una estruendosa carcajada.

—¿En defensa propia? ¿En defensa propia contra una vieja y una criatura de dieciocho meses?

El abogado defensor hizo su ademán, que esta vez quería decir, además: «Sí hombre: lléveselo al diablo todo», se encogió de hombros, se levantó de la silla, le dijo al juez:

—Haga lo que le dé la gana.

Y se fue al patio a encender un cigarrillo, y a exclamar:

—El mejor penalista del mundo no le saca punta a esta causa.

Veinte años. Delito comprobado, sin atenuantes de ninguna clase. Sin embargo, todavía le pusieron a Matías un papel por delante, para que lo firmara.

—Es para apelar —le dijeron.

Y como no sabía firmar, su abogado lo hizo a nombre suyo.

Desde entonces Matías quedó con esta preocupación, entre ceja y ceja:

—¿Qué habrá puesto en mi nombre el doctorcito aquel en el papel?

Y entonces fue que se resolvió a aprender a firmar.

Durante ese tiempo es que sus cejas, cuando le recordaban el crimen, ya no tenían aquel golpe de cólera aterradora que helaba las palabras burlonas; sino que bajaban más aún, más aún de los fúnebres ojos, y con cavernosa voz contestaba cabizbajo:

—Una hora nona que le pasa a cualquier cristiano.

Ahora está allí sentado en el taburete. Matías es cabo de presos, y nadie se atreve a hurgarle en su pasado. Ello lo enfurece, y su furor tiene ahora el tremendo respaldo de su omnipotente autoridad.

Con la verga entre las piernas, entre buzonazo y buzonazo, da vueltas en sus manos a la pizarra, toda una cara de la cual está llena así:

AAAAAA

AAAAAA

AAAA

a a a a

a a a a

a a a a

Él se divierte contemplándolas. Las compara unas con otras. Ésta tiene un rabito como de un chuco. Aquélla es más larga y puntiaguda. Aquélla parece un rancho en pierna. Y lee en voz alta: a. a. a.

Luego le da vueltas a la pizarra; por el otro lado está puesto:

BBBBB

BBBB

BB

B b b b

Matías pasa otro largo rato curioseándolas; y lee: b. b. b.

Pero al cabo de muy poco tiempo ya se le han confundido las dos caras de la pizarra. Le parece que hay más diferencia entre una A y una a, que entre A y una B. No sabe cuál es A y cuál es B.

Entonces se para de su taburete, y solicita con la vista:

—Moisés. Venga acá. ¿Cómo fue que vos me dijiste?

Convencido de lo difícil que es enseñarle a leer, a Moisés se le ha ocurrido que será más fácil enseñarle a escribir. Además, esto es lo que le interesa a Matías. En consecuencia, le pone en la pizarra:

A a

con letras inglesas, y Matías debe copiarlas hasta llenar la cara. Esta tarea le resulta todavía más ardua. Hace, con sus dedos gruesos, rasgos tan heterogéneos como insólitos. La pizarra negra le da una impresión triste de noche inmensa en despoblado. Es preferible mirarla, desde un punto de vista más amable: por ejemplo, se le antoja que es la cara de un negro, la cara del negro Julio. Entonces le dibuja, por toda la mitad, dos filas paralelas de cuadraditos blancos; y he aquí la cara del negro Julio muerto de risa.

Por lo demás, esta manía de aprender, de aprender algo, no es particular suya. Aquí dentro se registran con frecuencia verdaderas epidemias estudiantiles. Luego pasan, y entonces quedan los incorruptibles: Pablo, que aprende aritmética; Juan de Dios, que también aprende aritmética; «Quejas del Alma», que estudia guitarra; el capitán Rincones, que siempre lee su libro de gramática; y Moisés, Florecito, Manuel Cortez y Alcibiades, que estudian inglés.

El inglés es el aprendizaje predilecto.

Juan de Dios estudia aritmética, pero le da clases de guitarra a «Quejas del Alma». Moisés enseña a Matías, pero recibe clase de inglés con Florecito.

–Florecito, dispensa, vale: ¿cómo dices tú yerba?

–*Grass*.

–¿Cómo deletrea eso?

–G. Erre. A Doble ese –dice Flores.

Moisés lo escribe con cuidado. Con este tesoro en la pizarra, como si llevase la *kaaba* contra el pecho, va a sentarse sobre el pretil que bordea el patio empedrado, cruza sus gordas piernas bajo el vientre un poco obeso, y se consagra a su labor. Primero la lee varias veces en voz alta. La pronunciación le cuesta trabajo. El sonido de la g con r líquida no encuentra un instrumento perfecto en sus labios gruesos, sensuales, de líneas correctas, en torno de los cuales despunta ya la barba negra que se afeitó antier.

Luego escribe la palabra tantas veces hasta llenar la pizarra. Ahora la borra, cierra los ojos, se reclina contra el pilar, y la repite a media voz, como si la acariciase.

–Cuidado, turco, que te agarra Tapiramo –le grita Zoilo.

–Epa, ¿cómo que estás pensando en el bulto de casimires que te parrandeaste? –le dice Meléndez.

Moisés se sobresalta. Su rostro sonrosado refleja una bonachona condescendencia. Abre los ojos, enarbola de nuevo el lápiz, y busca en el suelo, una segunda pizarra, más grande, que está literalmente cubierta de graffias en esta forma:

Padre–*father*; niño–*boy*; mesa–*table*.

Encuentra en ella, con suma dificultad, un huequito limpio, y allí inscribe, con letra apenas visible: yerba–*grass*.

Entonces comienzan los ejercicios. Recapacita a ver si existe alguna otra palabra que pueda usar con *grass*. Si no la encuentra en la memoria, la solicita en su pizarra–diccionario. Por último le respaldan los ojos.

—*The grass is green.*

Alborozado, corre con ella a mostrarla.

—Mira, Florecito. Hice esta frase. Está bueno, ¿no? La composición está buena, ¿no?

Florequito le atiende con desgano.

—Sí —le dice al desgaire, echando una rápida ojeada sobre su pizarra, y se abisma de nuevo en su labor, con las dos delgadas piernas trenzadas contra el suelo —los pies calzados con unos cortebajos viejos que transformó en pantuflas, y los dos delgados, blancos brazos, que emergen de la camiseta sin mangas, cruzados sobre el pecho esmirriado. Está dándole la clase a Manuel Cortez. Inclínase sobre él, sobre su pizarra, sobre sus ejercicios risibles, sobre su estupidez redonda, obtusa y refractaria, exacta a una bola de billar; y, sin embargo, lo hace con deferencia servil.

—*Boy, boy* —masculla Cortez—. Muchacho, *boy*. *Di boy is in di jáus*. ¿Pero qué significa *diboy*?

—No —explica Flores, por centésima vez—. Es *the boy*. Dos palabras. *The* es el artículo. *Boy* el sustantivo, que significa muchacho. El muchacho. *The-boy*. *The* es el artículo: significa el.

—¿*Di* es el artículo? —repite el otro, y clava en el maestro sus ojos bizcos, su rostro circular, tan extrañamente parecido a un caracol—. ¿Y no se puede decir: *boy is in di jáus*?

Florequito se agita. A veces su mano derecha juega con los pelos negros de su axila izquierda; hace calor, y los pelos están húmedos de sudor. A veces descruza los brazos, y se rasca en el pecho, en un hombro, en la pantorrilla, en el empeine del blanco pie. Se mesa la barbillas rala que le brota en la punta del mentón, mientras que con el dedo meñique de la otra mano muestra a su discípulo la frase en la pizarra.

—No. Hay que decir: *The boy is in the house*.

—Tres cigarros —medita Moisés, observándolos en silencio—. Por tres cigarros tanto trabajo. Si yo le doy tres cigarros también me da clase así.

Por un momento le asalta la tentación de ir hasta el baúl, que siempre tiene cerrado con llave, y buscarle tres cigarros a Flores. Pero pensamientos de esta naturaleza suelen ser rápidamente rechazados por Moisés.

Silvestre Pantoja afirma que el baúl de Moisés está atestado de cigarrillos.

—Ése no es nada más que un turco inmundo —opina Besugo.

—Yo lo conozco más que a un medio liso. Figúrate vos que en su casa no se prende la luz de noche para no gastar luz, y como no hay luz, su papá y sus hermanos se bajan los calzones cuando se sientan, para no gastar fondillos tampoco.

Sin duda se exagera. De día en día Moisés le regala un cigarrillo a Florecito, y a Colombia, y a Andrés Fuentes y a Mano Blas, y a Cornelio le compró una pizarra por su cuenta; y, qué hace siempre que compra cambures? Siempre que compra cambures guarda las conchas, y grita desde el medio del patio:

—¡Alfonso!

Alfonso es su ordenanza. Le lava los platos, le recibe la viandera, le sostiene el vaso de aluminio cuando se va a limpiar los dientes, y el paño cuando se va a bañar; y en cambio, cuando él lo llama en esa forma desde el medio del patio, ya sabe que es para recibir algo de sus manos. Así, viene corriendo y se come sus conchas de cambures, mientras unos treinta muchachos que no tienen la suerte de ser ordenanzas de nadie lo contemplan desde la puerta de los excusados con los ojos alumbrados de envidia.

EN QUE SE TRABA CONOCIMIENTOS CON DIVERSOS  
PERSONAJES TAN PINTORESCOS COMO INTERESANTES



Como a las seis y media –más o menos media hora después de la formación de la mañana– siempre suena el buzón, lo abren de par en par. El estremecimiento de atención exquisita contrae todos los músculos de Matías; pero ya se sabe lo que pasa, y a nadie intranquiliza el ruido.

–Los bancos –dicen los presos.

Cisneros, Nariz de Tacón, Alberto, el negro Julio, Eustaquio, Andrés Fuentes, y los demás ordenanzas buzoneros, se acercan y van introduciendo las cajas cuadradas de madera, los hierros y los sacos llenos de cuernos de ganado que Francisco, Manuel Bueno, Oro en Polvo, Sal de Higuera y los demás ordenanzas patieros les pasan desde afuera.

Matías caracolea como un gallo, alerta, con la verga en la mano, cuidando de que nadie se pare frente al buzón para curiosear hacia el exterior.

Van colocando los seis bancos a lo largo del patio, cerca del pretil, donde alcanza todavía la sombra del alar; y los que trabajan en ellos se aproximan para ocupar sus lugares. Todo este movimiento va acompañado de un excepcional estruendo de metales: una de las pe-

riódicas etapas que jalonan cada jornada transcurrida, en las que el clamor de los hierros eclipsa los demás ruidos: el bullicio de las conversaciones, de los gritos, cantos, ternos y maldiciones. La primera es ésta, cuando meten los bancos; la segunda un poco más tarde, cuando meten los desayunos; la tercera alrededor de las nueve, hora de coger sol; la cuarta cuando se aproxima la formación de la tarde.

Es cosa curiosa la regularidad con que se repiten todos los días estos intervalos, como marcas de tiempo que desmiembran la jornada en pedazos netamente distintos. Recuerdan los cuartos a bordo de un buque. El día es como un tórax, y los estruendos de los grillos forman su costillar.

Los días se suceden a los días en medio de una sorda monotonía de movimientos, de ausencias de movimientos, de necesidades y quehaceres mecánicamente ejecutados, de saludos, de frases, de ruidos machacados hasta la inexpressión.

Ya se sabe, por ejemplo, que cuando va a tomar el sol, el coronel Natividad se parará frente al calabozo en cuya puerta está parado el capitán Rincones, fumando su pipa y lo saludará:

—Buenos días.

—Buenos días, mi coronel. ¿Cómo amaneció?

—Muy bien, muchas gracias. ¿Y usted?

—Alentadito, coronel. Con el favor de Dios.

Una pausa.

—¿Va a coger sol?

—Sí, voy a ver si caliento un poco los grillos, que los pobres pasaron mucho frío anoche.

—Bueno, pues, coronel. Que en salud se le convierta.

—Muchas gracias, capitán.

Ya se sabe que, un momento después, se va a asomar el coronel Faustino a la puerta del Refugio, y va a gritar:

—¿Qué hubo, compadre Natividad? ¿Usted como que me picó adelante?

—Guá, compadre, ¿quién lo manda ser tan dormilón? Sacúdase esos huesos, mire que por lo ligero come el tigre.

El coronel Faustino se vuelve a Nacienceno, que está a su lado:

—Adiós, cará: ¡ah viejo bien pretencioso! Ahora y que echándose-las de madrugador. Quién lo viera, toda la santa noche tumbado boca arriba, roncando como un gurrufío y con esa barriga llena de porquería como una tambora en noche de San Juan: peo y peo.

Meléndez interviene, aunque nadie se ha dirigido a él (su mayor aspiración es terciar con los coroneles, o con cualesquiera de los habitantes del Refugio):

—¿De modo que el coronel Natividad se pee dormido?

—Ujú, niño. Peor que un triquitraque. Meté la cabeza cualquier día dentro del calabozo para que veáis. Ni carburo.

Desde la puerta de su calabozo, el diminuto Besugo no se estimaría a sí mismo si no participase también en la conversación:

—¿Cómo va a ser, coronel Natividad? ¿Es verdad eso? ¿Cómo va a ser?

El coronel Natividad replica:

—No hombre, compadre. Vergüenza le debiera dar. Un hombre viejo y chocho como usted y todavía oreándose dormido. Figúrate vos que anoche me hamaqueó por el brazo y va y me dice: compadre, compadre, mire a ver, que como que me han asesinado. Me siento las piernas llenas de sangre, calientica todavía. Mire a ver dónde tengo la herida. —No hombre: vergüenza le debiera dar. Y ahora se presenta a esta hora con los ojos legañosos y a secarse al sol.

—Allá voy. ¿Usted se ha creído que el sol es para usted solo? Allá voy, a ver si no me va a dar un ladito.

Y avanza hacia él, con el tardo paso que le permiten los grillos, con la franela enrollada que deja ver una ancha franja de la barriga sucia y el prominente ombligo, arrastrando las chancletas y sosteniendo, al par que las grilleras, el banquito en que se va a sentar.

Ya se sabe, igualmente, que comenzará a medir a paso ceremonioso y grave, con la cabeza baja, las manos a la espalda y que a este

mismo solemne paso la estará recorriendo todo el día, toda la longitud del empedrado patio, el fantasmagórico Colombia.

Desde la puerta del Refugio hasta la puerta de los excusados, Colombia se pasea con su paso que parece una jugada de ajedrez. Colombia está vestido de negro; un casimir negro que batiría el récord de la mugre en el campeonato mundial; no se corta el pelo ni se afeita, porque no tiene ni un centavo; y si bien la barba apenas le asoma en incoherentes pelambres, aquí y allá, en varias partes de la morena cara, en cambio el negrísimo pelo se le ensortija detrás de las orejas como una capa consistorial.

Se detiene junto a los grupos, escucha un rato sus conversaciones y sigue su paseo. Casi nunca toma parte en ellas. Cada momento se para junto a un montón de basura, y la revisa con el descalzo pie: es inútil; en todo el presidio una colilla de cigarrillo es como una pepita de oro.

—Toma un cigarro, Colombia —le dice Alcibíades.

—Muchas gracias, don Alcibíades. Muchas gracias. Es fineza suya.

Sin embargo, no es bueno darle un cigarro a Colombia. Si uno no le ha dado nada, a él tampoco se le ocurre pedirle; pero si se le da el primer cigarrillo, a los diez minutos ya lo tiene de nuevo al lado:

—¿Por casualidad no tiene vuesa merced un cigarrillo que se digne obsequiarme?

—¿Qué a que no te imaginás vos por qué está preso Colombia? —le pregunta Eustaquio al recién llegado Froilán, que se ha quedado observando al tipo con curiosidad.

Froilán no contesta, indeciso.

—Por hembrero.

Froilán queda asombrado. Inspecciona de nuevo aquella silueta carronosa, sin un lejano elemento de seducción siquiera.

—¿Hembrero ése? Que va, viejo. ¿Tú crees que yo soy cogido a sombrerazos? Ése tiene de hembrero lo que yo tengo de astrónomo. Lo que parece es un mochuelo mojado.

—Para que veáis vos —insiste Eustaquio. —Es bígamo. Está casado dos veces en Venezuela, tres veces en Colombia y otras dos veces en Puerto Rico. Lo agarraron porque dispuso de unos doce mil bolívares de una viuda con la que estaba viviendo. Se durmió en la ponzoña, y lo cogieron desprevenido. Pero antes le había botado otros cinco mil bolívares a otra mujer y siete mil a otra, y cuando se armó el zaperoco se descubrió que había deshonrado a una muchacha en El Limón, de buena familia ella, y que le tenía dada palabra de matrimonio a otra señorita. Figúrate vos: y eso que no tenía aquí más que diez meses. Dígame si lo dejan rienda suelta. El estrago es mucho.

Colombia se pasea litúrgicamente, se detiene al lado de ellos, se da cuenta de que hablan de sus fechorías, se sonrío en silencio, debajo de la capa de mugre de su flux de casimir negro, y continúa su caminata.

\*\*\*

Ya se sabe que a la hora de fregar los platos de peltre, después del desayuno y después del almuerzo, en el centro del patio, cerca de la pila, Alberto, el chino Torrealba, el calvo Miguel Ángel y algún otro, han de barajar hoy copio ayer y como todos los días los eternos chistes sobre el eterno tenia: la libertad.

Alberto es siempre el que empieza:

—¡Aaaaaayyyyy! —grita, en un profundo, intensísimo, cómico lamento que se oye en toda la cárcel.

—¡Aaayy! —le contesta por un lado otro compañero.

—¿Qué le pasa vale? ¿Qué le pasa? ¿Cómo que se le aflojaron las caraotas?

—No hay que desafligirse —exclama Miguel Ángel, en tono doctoral.

—En este mes sueltan. En este mes sueltan —afirma desde el rincón donde toma sol, el coronel Faustino.

—¿Sueltan? Será fríos que nos van a soltar —le replica, con tono mordaz y cruel, Silvestre Pantoja. Su orgullo consiste en sostener siempre el término pesimista, mientras el del coronel Faustino estriba en ser el abanderado de la buena esperanza. El coronel Faustino es un hombre gordo, corto de estatura, de rostro infantil: un nido de curiosas supersticiones, de cábalas y de conjuros y exorcismos misteriosos. Siempre descubre indicios infalibles de libertad en los más inocentes detalles.

—No hay tutía. Esta vez sí que no falla. La libertad es un hecho.

—¿Por qué, coronel?

El coronel se inclina enigmáticamente al oído de su interlocutor:

—¿No te fijaste vos anoche en la guardia? No había nada más que un solo centinela en la garita de arriba, y un solo centinela en las garitas de las esquinas. No hay ni zoquetada. Es que ya no se preocupan siquiera por vigilarnos. Esto se lo llevó mandinga. El que no quiera ver es porque tiene anteojos de suela.

O bien, a la hora del almuerzo, se lleva a Alcibíades hasta el último rincón del Refugio, bajo la luz parpadeante de las velas que les tiene puestas a los santos.

—Mirá —le dice con ademán triunfal, y le muestra la vianda llena de comida—. ¿No véis vos? Esto es un hecho. La libertad es un hecho. No hay ni pataleo.

—¿Por qué? —pregunta Alcibíades, mirando el envase donde hay un poco de arroz, carne y unas papas.

—¿No te fijás vos? —explica, con calor, el coronel —Mirá bien. Una papa pelada. Me mandaron varias papas; todas ellas tienen concha, y una está pelada —Sus ojos centellean—. ¿Qué quiere decir? Que ya la papa está pelada. Que ahora la libertad sí es un hecho. ¿No comprendéis vos? ¿Creéis vos que mi mujer me iba a mandar una sola papa pelada, y las demás con concha, si no fuera a propósito? Esa mujer mía es un águila. Dios y la santísima Virgen del Carmen me la conserven.

Se quita el sombrero, se santigua, y está tan excitado, que deja las vianderas, y se queda al frente de las imágenes de los santos, rezando sus interminables plegarias.

—Coronel Faustino: que se le enfría el almuerzo —le recuerda Alberto, quien le lava los platos.

—Cogételo. Yo no necesito comer hoy.

Pero ni siquiera necesita estas circunstancias exteriores. A falta de alguna de ellas, el coronel Faustino fundamenta sus profecías en los abismos de su mundo interior, en sus oraciones, sus salmodias entreveradas de brujería, sus ritos y sus comunicaciones con la divinidad.

—El 15 de enero: libertad segura. No me pregunte, compadre. Yo sé por qué lo digo.

Hay tan pueril sencillez en todo lo que hace y dice, que provoca tratarlo como a un niño, a pesar de su madurez y de su coronelato. En realidad, este último título no tiene más sentido que el de apelativo cariñoso, indisolublemente unido al nombre, como decir: el Mocho Hernández, o Mano Blas, o papeloncito de purga de gota; y es neutro en él su significado guerrero. Besugo expresó esta condición con fidelidad cuando, días atrás, habiéndose peleado con Faustino, recitaba un verso de Amado Nervo adecuándolo a su intención:

—El coronel Franco nunca fue a la guerra...

(El poema dice: «El coronel blanco nunca fue a la guerra. Montaba la guardia cuando los banquetes, las bodas, etc.». Fue por este motivo de la burla de Besugo que casi todo el mundo se enteró de que el nombre completo era coronel Faustino Franco).

El coronel Faustino denosta amargamente a quienes duden de sus dotes de buen profeta.

—La boca se te tuerza, condenado, boca de culebra, mala lengua. No servís sino para pavita. Vos sos quien nos tiene enguinados a todos, pájaro negro. Malhaya te pudras en la cárcel, lengua de sapo.

—Estamos en la calle... de la amargura —grita, con un sonido chillón, Miguel Ángel.

—¿Libertad? —grazna, de medio lado, Silvestre —Apriete el culo contra el taburete, es lo que le digo.



Una ráfaga de brisa avienta las hojas secas en el parque abandonado. Las hojas secas adquieren una súbita significación. Mientras están amontonadas en el suelo carecen de toda importancia. Forman, todas juntas, una sola masa confusa, de color parduzco, rojizo, grisáceo, con manchas negras de descomposición.

Pero ahora, cuando vuelan, asumen individualidad. Cada una se separa de las otras; todas tienen pretensiones particulares de diferentes seres animados. Una misteriosa vitalidad las agita, y revolotean, arman hermosos remolinos, hacen ruido, crepitan, poblando todo el parque con su movimiento multitudinario.

Otras veces llueve a grandes torrentes. El agua se desliza con tumulto por los surcos que ella misma abre en la tierra. Dondequiera se multiplican los charcos, los negros baches circulares, donde las gotas de lluvia salpican continuamente. Los grandes árboles se doblegan bajo el aguacero, y todas las hojas se ven sacudidas, incapaces de sostener el peso del agua excesiva.

Después, la lluvia o la ráfaga de brisa pasan. La vegetación viva y extraordinaria cae de nuevo en su inmovilidad. Las hojas verdes penden de sus tallos, las hojas secas yacen inertes sobre la tierra: no son más que hojas verdes y hojas secas. Después de haber vivido algunos días en el parque abandonado, ya nadie se preocupa de los golpes de viento o de los golpes de lluvia. Pasan con la misma ausencia de significación con que pasan las largas horas bochornosas en que las horas no se mueven.

Las voces, los gritos, las burlas, las carcajadas y los suspiros de los hombres se alzan en ventolinas en el cerrado recinto de la cárcel. Pueblan todos los ámbitos, se arremolinan contra las paredes descabradas, palpitan sobre la superficie del patio, entre cuyas piedras crece la yerba. Están mezclados con chirridos de grillos y ruidos de cacerolas y de sacos de cachos.

Después de unos cuantos días en la prisión nadie repara en el bullicio cotidiano. Ya se sabe, de antemano, a qué precisas horas del día se ha de armar, en qué forma se inicia, asciende, alcanza su cenit, y vuélvese a aplacar. Ya se sabe, incluso, cuáles serán los temas; qué dirá cada uno, quiénes reirán, quiénes se lamentarán, y quiénes blasfemarán con rudas voces. Cada día que transcurre cae en la informe niebla de lo pretérito, y todos los días que han pasado se hacinan como las hojas secas en el parque abandonado.

Formación de la mañana – la hora en que meten los bancos – la hora en que meten los desayunos – la hora de coger sol y bañarse – el almuerzo – formación de la tarde – y la noche, hasta el silencio, a un cuarto para las nueve, cuando Matías toca la campanilla, y desde el centro del patio, con su arraigado vozarrón, repite el grito ya famoso:

–Bueno, pues, que no se oiga más que el ronquido del peo y la picada del cochocho.

Las jornadas resbalan con rapidez, una detrás de las otras, a lo largo de estos siete puntales cotidianos; y ellos sirven de puntos de referencia en el tiempo brumoso para fijar los recuerdos. Así, a Froilán (el último preso que ha ingresado) lo metieron entre la hora del almuerzo y la formación de la tarde; a Moisés, el turco, lo sacaron a declarar en ese mismo ciclo; a Andrés Fuentes lo vino a visitar su mamá entre la hora del baño y el almuerzo; Terencio, el último que ha fallecido en el departamento (la semana pasada) murió entre la formación de la tarde y el silencio; y a Mano Blas le pusieron el par de grillos (el último par de grillos que han puesto) entre la formación de la mañana y los bancos.

Este último acontecimiento, desde luego, tiene un carácter menos deleznable. Ya ha tenido lugar la formación de la mañana. Ya los presos que salen a decir su número vuelven a sus calabozos, buscando la molicie de las colchonetas y cobijas, y los que van a trabajar en cachos se quedan afuera, bromeando. Ya los madrugadores comienzan a hacer bulla, en torno de la pila donde hacen sus abluciones: Alcibíades, alto, desgarbado, en una jofaina ridícula para su estatura (parece un niño idiota que, mientras se lavaba en un envase proporcionado a su tamaño, creció instantáneamente del pescuezo para abajo) se enjuaga la cara, mientras Pablo, su ordenanza, le tiene listo el

cepillo de dientes con el dentífrico y el vaso de aluminio. Ya Besugo, insoportable, comienza a contar cómo fue que sacó el revólver, porque estaba emparrandado, y cómo fue que un espía se lo vio, y lo delató, y a consecuencia de todo ello es que está preso.

—Y salgo, y lo vuelvo a cargar. Yo siempre lo he cargado y siempre lo cargaré. El hombre debe andar armado —afirma.

—Pero bueno: ¿la prisión por porte de armas no es de un año?

—De un año.

—¿Y tú ya no tienes un año, pues?

—¿Un año? Dos años siete meses, para que te enteres. Pero es que el General no me suelta a mí ni soltándome. Yo soy muy pesado, vallecito.

(Sin embargo, Besugo es de los que más ardientemente se cuelga de todos los pronósticos de libertad).

Ya Manuel Cortez, inexorable, ha cogido su pizarra, y echa al aire su letanía:

*—Aíém — yu ar — ji is — aíém — yu ar — ji is...*

Ya Colombia ha principiado a caminar.

Pero fuera de estos pocos, los presos, que tienen una media hora larga (hasta que metan los bancos) de sosiego, de silencio, de semi oscuridad, se enroscan amorosamente sobre sus reservas de sueño, nutriéndolas y conservándolas, para dormir un poco más.

—El que está dormido, está rey —sentencia, con mucha profundidad, el viejo Bruno.

En este preciso instante llaman al buzón. No es de las llamadas corrientes, de las que sólo interesan a Matías. Primero, son dos toquitos dados con los nudillos en la hojalata. Enseguida, la palabra:

—¡Cabo!

Apenas susurrada, pero de todos los oídos percibida. Se adivina cómo Matías se inclina, acucioso, sobre la ventanilla. Luego, el chillar de goznes: el buzón se abre. Y pronto, un ruido inequívoco de

pesados hierros envueltos en trapos que caen al suelo empedrado del patio.

La mochila de los grillos.

En el mundo entero no hay, sin duda alguna, ruido que produzca una impresión tal de angustia y de condensado pavor, como el ruido que hace la mochila de los grillos cuando cae en una cárcel venezolana. Los presos pueden salir, pueden pasar largo tiempo en libertad, e ir olvidando poco a poco los incidentes sombríos de aquella vida. Un año, dos años, diez años después, un ruido de metales que caigan de repente sobre el suelo, les despertará como un fósforo todo el terror que se acumuló en su corazón.

Los presos se incorporan en el suelo, donde estaban adormilados. Los rostros están pálidos, y los ojos se buscan, con ansiedad.

–Grillos –repite con su voz oscura, Ulpiano Cáceres.

–Y son ochentones –apunta Valderrama.

–Mano Blas –profetiza Celedonio.

Ya todos los presos, en todos los calabozos, están pensando del mismo modo, en Mano Blas.

Y como si respondiese a sus presunciones, se escucha en efecto la voz agria del coronel Jaimes que dice:

–Blas Fernández.

Y como un eco, la voz estruendosa de Matías que grita:

–Mano Blas.

\*\*\*

Mano Blas.

–¿Quién se puso a regar, de cerro en cerro, la semilla milagrosa para la celebridad de este nombre? ¿Quién se puso a diseminarlo, sobre la extensa tierra, deteniéndose en las lomas de las laderas, sembrándolo en el vientre mojado de las quebradas, dejándolo rodar por la alegre faz de la sabana amplia como una bandera extendida, intro-

duciéndolo furtivamente por la puerta del rancho, de modo que se sentase junto con el descanso del hombre, y se desgranase en la lengua incesante de la mujer, y revolotease por encima de la cabeza del tripón como un ensueño, como una aspiración, como una sonrisa dorada de porvenir?

Y sobre todo, ¿de qué está hecha, en qué estriba su esencia? ¿Será un puñado de hojas, que el hombre ha ido llevando con sus dos manos, y que dejaba caer por el suelo? Los hombres ingenuos y simples recogían después las hojas, y se las llevaban a la nariz, inocentemente, para aspirar su olor. Todas las hojas de los montes olían a Mano Blas.

—Buenos días.

—Buenos días, amigo.

—¿Tiene por ahí algo de comer? Es para comprarle.

Sin contestar, el dueño de la casa se queda embelesado contemplando el precioso caballo que lleva el viajero.

—Qué bonito potro moro, amigo. Debe ser una delicia andar en una bestia así. ¿Lo vende?

—Ese potro es para Mano Blas, amigo. A llevárselo voy.

El otro lo mira, lleno de admiración.

—Pase adelante, amigo. Sí, como no: sí hay comida. Para usted hay de todo aquí. Y despreocúpese del potro, que ya se lo voy a mandar a desensillar y a que le den maíz. ¿Con que para Mano Blas?

Cuando, una hora más tarde, el viajero se va, el hombre, la mujer, la muchacha, la abuela, el tío enfermo, los chicos, salen a despedirlo a la puerta.

—No, nada. No le cuesta nada. El honor es para nosotros.

Largo rato siguen, a lo lejos, la marcha del forastero y del potro moro. Y cuando desaparece, el tío enfermo, o la abuela, llama a los chicos, y a la muchacha, y a la mujer, y al hombre:

—Bueno: siéntense aquí que les voy a contar cómo fue que Mano Blas cogió al bandido Insauste en la sierra de Rinocote.

Tanto como los demás presos, Mano Blas sabía de antemano que los grillos eran para él. Apenas lo llaman avanza, sonreído, y de una vez lleva las grilleras que se hizo la tarde anterior. Se ha quitado los pantalones y está en calzoncillos. Se sienta en el suelo, y alarga las dos piernas.

Matías le coloca las argollas en torno a los empeines. Luego le pasa la barra a través de los anillos. Después introduce la chaveta por el agujero, y coloca la barra sobre una piedra. Por último, mientras Cisneros le sostiene la barra, Matías remacha la chaveta con una serie de mandarriazos que retumban en la prisión.

—Veintiuno. Veintidós, veintitrés —dice, en el Refugio, el coronel Natividad, que ha llevado la cuenta.

—¿Veintitrés? Buen número —le contesta Faustino.

—El veintitrés colorado —evoca, en calabozo, Besugo.

—Veintitrés... veintitrés... ¿Veintitrés meses? —echa cálculos, en su calabozo, Martín Ponte—. No llevo sino once meses cinco días... me faltarían doce meses. Doce meses, mi año... ¿Aguantará la pobre vieja un año más?

Y unas cobardes ganas de llorar le hacen reprimirse, con rabia.

—Veintitrés... Yo tengo veintitrés años —medita, con amargura, Florecito.

Veintitrés mandarriazos. El coronel Jaimes se va. Mano Blas le pone las grilleras a sus ochentones, se para, y se dirige a la pila, a lavarlos fregándolos con ladrillos.

No se los quitarán más nunca. Con ellos a los pies, morirá, una tarde, en el silencio del calabozo. Y su nombre se apagará poco a poco, rebotando, sobre los cerros, y sobre las sabanas, y sobre los riscos de la sierra de Rinocote, donde cogió, un día, al bandido Insauste.



A TRAVÉS DEL CUAL SE PRECIPITAN UNA SERIE DE ACON-  
TECIMIENTOS DE EXTRAORDINARIA IMPORTANCIA



Lejos está Mano Blas, sin embargo, de presentir tan lúgubre destino, cuando se halla aquí, sentado enfrente de su banquetta, sobre el duro pretil y trabaja el cacho con sus fuertes manos morenas, mientras su rostro curtido e impasible rebosa un plácido acomodo a su nuevo vivir. Ni más ni menos que cuando andaba jinete en su potrero moro, al costado su buena punta de lanza, en el desnudo talón la espuela, aturdiendo la cordillera con sus hazañas.

Sobre el filo de un machete, todavía hizo el indio Yarimiquire un rancho, grande y bello, con horcones de palo de corazón y techo de palma de moriche, según cuenta una leyenda. Sobre el filo de un machete, todavía, se puede levantar la vida gozosa; mientras se pueda alzar la cara al cielo azul, y respirar con ansia este ancho, vasto, ilimitado aire:

—Manque sea aire de vivitas de cacho.

Mientras se tenga una buena mascada de chimó en la boca, y se pueda lanzar al aire los alegres escupitajos negros, y se pueda charlar, y se pueda reír con los compañeros.

—Entonces, chupulún, me tiro yo al agua. ¿Qué te cuenta? Encuentra con un tronco de baba así. Tú sabes que ahí está la baba que

hace ola. Llega ssschhh, se deja arrastrar por la corriente, y arrastrar, y arrastrar; y escuchaba yo al coronel que decía: No hombre, ni que ese negro trinitario del carrizo se haya vuelto sapo...

Gasolina cuenta una de sus evasiones, y Pedro Agüero, que trabaja con él, le oye, mientras le da pulitura, sobre mi pedazo de casimir viejo, con carbón molido, ceniza y grasas especiales, de su propia invención, a una cajeta que acaba de terminar.

Pedro Agüero es el más hábil por las manos entre todos los presos. Hace las mejores cajetas, y hace además, perinolas, peines, peinetas, palilleros, cortapapeles, bastones, quebraditos, calaveras, sortijas, dados, crucifijos y navajitas, todo ello de cuerno. Los adorna con lindas incrustaciones, para lo cual Colombia suele recogerle todas las latas vacías, pedazos de botones, mangos de cepillos de dientes usados, fragmentos de vidrio, palas de cucharas rotas y restos de platos de pelitre desportillados, que encuentra.

Más allá de ellos dos está el banco donde trabajan en silencio Pablo y Urbano Quiñones. Del otro lado de Mano Blas está el de Martín Ponte y Rafael Barrios; luego el del viejo Bruno, con su barba blanca; y otro, y varios más.

—¿Por qué se habrá buscado Martín Ponte a ese compañero tan malo? —preguntaba en voz baja Urbano.

Pablo nada contesta. Está introduciendo un pedazo de cuerno en agua caliente, con lo cual logran los presos darle la curva que desean. Pero la pregunta de Urbano se la hacen todos ellos, con intranquilidad.

Como si respondiese a la interrogación, se escucha en este momento la voz áspera de Rafael Barrios.

—¿Y ésa? ¿Por qué te coges esa cajeta?

—¿Cuál? —interroga Martín, deteniéndose en el instante en que se disponía a ir un momento hasta su calabozo, a guardar el trabajo realizado; y extiende la mano para mostrar las cinco cajetas que se llevaba.

—Ésa: la que tiene chapas azules.

—¿Cuál? ¿Ésta?

—Sí, ésa.

—Guá, ¿y por qué no la voy a coger, si es mía?

—¿Cómo tuya?

—Sí; yo la hice.

—Cómo no: ya me váis a trampear. No ve que vos sos muy vivo.

—Pero chico —insiste Martín, y se sienta de nuevo en el pretil para convencer a su compañero de trabajo—. Si yo la hice, con un pedazo de lata de polvos que me regaló don Javier. ¿No es verdad, don Javier que usted me regaló una lata de polvos para yo hacer cajetas?

—Sí, es verdad —confirma desde lejos Javier.

Rafael Barrios pone mala cara.

—Dejá esa cajeta ahí.

El muchacho se amosca.

—¿Cómo que la deje?

—Así como suena: que la dejés ahí.

—¿Y a son de qué?

—Esa cajeta es mía. Yo la hice y es mía. A mí no me chalequea nadie.

El otro se ha puesto un poco pálido. Ambos se miden con la vista. Desde el buzón, Matías también los está midiendo a los dos. Daniel Gutiérrez, desde el banco de al lado, murmura:

—Mucho cuidado, muchachos. Déjense de berenjenas. Miren que el cabo les tiene la vista puesta.

Martín hace todavía un intento de persuasión:

—No, Rafael, estás equivocado. Esta cajeta la hice yo, con la lata que me regaló don Javier.

—¿De modo que vos la hiciste? ¿De modo que vos la hiciste? —Rafael Barrios se va parando lentamente, con una sonrisa en la boca, y tiene la mirada fija sobre su compañero.

—¿De modo que vos la hiciste con la lata que te regaló?...

Va pronunciando las anteriores palabras poco a poco, como para distraer la atención; y de repente, interrumpiéndose en la frase, apoya ambas manos sobre la banqueta que los separa, y con un movimiento inesperado le descarga un cabezazo en el centro del pecho tal que lo tumba boca arriba, del lado allá del pretil. La mochila que tenía en una mano y las cajetas en la otra saltan por el aire, y una de ellas, que cae de canto, va rodando, va rodando, y sólo termina su gracioso recorrido junto al albanal, en el centro del patio.

Daniel Gutiérrez se para apresuradamente, derribando el banco donde trabajan él y Mano Blas, y escapa hacia su calabozo. El viejo Bruno grita:

—Pero muchachos, no estén buscando guarandingas.

Martín se recoge sobre sí mismo, se incorpora y se lanza sobre su agresor. Con las dos manos le abofetea en la cara, y se da cuenta cómo retrocede ante él.

—Así es, carache, así es, carache. Palo de pollo. Voy a mi pollo pelón —exclama alegremente Pablo, incorporándose.

Carlos Duarte aparece en la puerta del calabozo N° 3.

—Martín, deja el pleito, Martín. Mira que te vas a embromar —aconseja.

Al retroceder ante la acometida de Martín, Rafael Barrios tropieza con un banco, y al asentar allí la mano, agarra, por casualidad una lezna usada para agujerear el cuerno.

—Cuidado, ten cuidado —advierte Carlos Duarte.

Pero Martín avanza, acalorado, golpeando el rostro de Rafael Barrios. A su vez, siente un golpe en el costado. Un fuerte golpe, aunque no tan fuerte como para detenerle en su acometida. Y sin embargo, es bastante fuerte, y se siente bien adentro, con la particularidad de que le comienza a arder.

Urbano Quiñones trata de agarrar a Pedro Agüero:

—Hay que desapartarlos —le contesta Pedro, y se zafa con violencia.

Urbano vacila un instante:

—Este negocio no es conmigo —dice, y se retira hacia su calabozo.

Ulpiano Cáceres, Demetrio Vargas y Luis Peralta salen a la puerta de su calabozo.

—Qué broma. Qué broma —murmura Ulpiano, contemplando la pelea.

Celedonio, el negro Cornelio, Moisés, Juan de Dios, abandonan los bancos donde trabajaban para intervenir. Por el otro lado se acercan Matías, el negro Julio, Nariz de Tacón, Cisneros y los demás ordenanzas.

Martín Ponte no cede en su ofensiva, cegado por el furor; pero a cada movimiento se le acentúa el ardor dentro del pecho. Además, unos brazos fuertes y musculosos lo han agarrado por los hombros, desde atrás, para sujetarlo, y él forcejea por desasirse y por alcanzar a su contrincante. Le tira con toda su fuerza pescozones a Rafael Barrios, pero sus manotadas se pierden en el vacío. Entonces se da cuenta de que el espacio entre ellos dos va aumentando. Se fija con más cuidado, y se percata de que otros brazos rodean en la misma forma que a él, a Rafael Barrios, y que al lado de su cabeza surgen los rostros de Pablo y de Pedro Agüero. En tonto se mueven confusamente la figura negra de Gasolina, la espalda cubierta con un suéter de Moisés, el pecho peludo de Felipe, el dorso oscuro de Eustaquio.

—Ten cuidado, Martín. Ten cuidado —no cesa de gritar Carlos.

Martín tira golpes a destajo, y sus puños tropiezan con blandos montones de carne, o con duras aristas de hueso. A cada instante se le acentúa y se le hunde más el dolor en el costado izquierdo.

En toda la cárcel hay ya una algarabía infernal de gritos y de ruidos de grillos.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —pregunta, con su voz apagada, desde su lecho de enfermo, Gerónimo, en el calabozo N° 1.

—Como que se agarraron Martín Ponte y Rafael Barrios —le contesta desde la puerta el capitán Rincones, que ha salido a curiosear.

—Adiós, cará: se armó la sampablera —dice Javier.

—¡Quédense quietos, quédense quietos, muchachos! —exclama el coronel Natividad, y se agarra las grilleras para correr al tumulto. Pero el coronel Faustino lo agarra por el brazo.

—¿Para dónde va, compadre? Quédese aquí. Usted está muy viejo para la gracia.

Desde cerca del buzón, donde se hallaba, Besugo se lanza en una carrera desatentada hacia la puerta de su calabozo. Sus grillos son demasiado cortos; los pasitos que da parecen saltos de pollo maniatado; tropieza, se enreda, cae hacia adelante, desollándose las palmas de las manos, se vuelve a parar y sigue su carrera.

Así mismo Florecito, que se encontraba en el calabozo número 4 conversando con Raúl Silva, regresa a toda velocidad al suyo, que es el número 2. Pero para ello tiene que atravesar todo el campo de batalla. Se enreda con uno de los bancos, cae con un pie metido entre las patas, y no acierta a desembarazarse.

Su hermano Manuel (a quien en el presidio llaman Flores a secas, para diferenciarlo de Florecito) lo busca con la mirada:

—¡Julio! ¡Julio!

Echa de ver su situación, y acude en su auxilio.

Colombia está parado en el extremo del patio, frente a los excusados, con las manos cruzadas detrás de la espalda, moviendo la cabeza con ademán de preocupación, y reflexionando:

—Qué buena lavativa.

Martín Ponte tiene la vaga noción de que algo se alza poderosamente al lado suyo, desciende de golpe y suena:

—Juaj.

—¡Ay! —grita alguien.

—El cabo Matías —se dice Martín, reconociéndolo trabajosamente, mejor dicho, adivinándolo en medio de la baraúnda, sólo por el color de la manga de su saco de dril amarillo. Hiérvenle las narices y los ojos. Las luces, las sombras, los gestos, los movimientos, las voces mismas y los sonidos se esfuman ante sus ojos y parecen salpicados de manchas que le encandilan. El ardor en el costado se le ha vuelto in-

sufrible. Ahora casi no puede mover el brazo izquierdo, y la respiración se le hace sofocante. La verga se vuelve a levantar, a su lado, y vuelve a descender:

—¡Ay! —grita siempre alguien, y este aullido se sobrepone al estrépito restante.

Martín siente que la persona que lo tiene abrazado por detrás, lo suelta. Inesperadamente falto de este apoyo, se tambalea. En este preciso instante la verga alzada cae sobre la base de su cráneo, debajo de la oreja, y el muchacho se desploma.

Por encima de su cuerpo desmayado, con la herida en el costado —larga, buida, profunda, entre la sexta y séptima costilla —prosigue la reyerta desbocada.



Ningún placer es tan embriagador ni tan intenso. Matías se siente poseído de un magnífico frenesí. Eleva a todo elevar el hercúleo brazo, lo descarga cuan largo es, poniendo en el golpe todo su vigor.

Lo vuelve a elevar y lo vuelve a dejar caer, y repite ese movimiento con vertiginosa rapidez. Por delante de él se arremolinan los dorsos desnudos de los hombres, las espaldas en que se demarcan los omoplatos, las cervices que se hunden entre los hombros, instintivamente, los brazos flacos que se interponen para evitar el vergazo. Es una masa confusa de carne morena que marca. Matías apoya en ella, al azar, la mano izquierda, alza la derecha, y la deja caer, al azar:

—Juaj.

Y a cada golpe se sucede un:

—¡Ay!

Instantáneo, como si fuese un mecanismo del resorte, como uno de esos muñecos de goma que pitan al oprimirlos.

Chispas de sangre y coágulos, y partículas de pellejo y pequeños pingajos de carne saltan bajo la verga. Cuando la levanta, queda, en-

frente de él, sobre el dorso, sobre el pecho, sobre el brazo desnudo, sobre el cuello, el verdugón largo y sanguinolento.

—Juaj —le asesta al viejo Bruno, cuya barba blanca le flota por delante; y le alcanza en parte sobre la mejilla izquierda y en parte sobre el cuello. Pero no queda muy satisfecho de este golpe: no acostó lo suficiente la verga, y ella no cayó de plano, como deseaba, sino de punta, con lo que el vergazo disminuye en ardor y en extensión.

—¡No me pegue! —grita el viejo Bruno.

—¿Cómo que no le pegue, cará?

—Juaj —Esta vez sí se la acomoda bien, sacando el brazo de izquierda a derecha, y atravesándole el golpe por todo el tronco. El viejo Bruno recula, tropieza con el pretil, y cae. Matías se vuelve en seguida. Sus pies hollan el cuerpo de Martín, tendido en el suelo, cuando salta a Juan de Dios, que pasa corriendo.

—Ay, mi madre.

Lo deja a él, y se lanza sobre Gasolina. El trinitario se ve imposibilitado de huir por los grillos: se tira al suelo, se encorva, y ofrece la espalda propiciatoria, cubriéndose la cabeza con las dos manos.

Matías le da dos vergazos seguidos, pero al instante se fija en que un metro más allá está Rafael Barrios, a quien Pablo sostiene por la espalda.

—Ése fue el que comenzó el pleito —recuerda, en un relámpago, y corre hacia él.

—Es que yo soy un hombre —está afirmando en alta voz Barrios, y hace visajes como para soltarse de Pablo. Pero cuando mira a Matías, palidece. Pedro Agüero ayuda a retenerlo. Un poco más atrás se divisa a Mano Blas, quien, de pie, con una mano apoyada en el pilar, con los ojos brillantes pero el rostro rígido en un esfuerzo de voluntad, se exime de tomar parte en la pendencia. Matías va hacia ellos. Rafael Barrios repite en tono que parece que adujera esta frase como excusa.

—Es que yo soy un hombre.

Cisneros, segundo cabo, ha descolgado también su verga del clavo, en la pared del Refugio, y ya llega corriendo por el otro lado. Al

primero que encuentra es a Mano Blas, que le da la espalda; y ni corto ni perezoso, se detiene ante él y le descarga un vergazo.

Mano Blas se revuelve como una fiera. A pesar de sus pesados grillos, salta sobre él, lo agarra por el pescuezo, y lo derriba, cayéndole encima. Su mano derecha le aprieta la garganta; la izquierda le sostiene en alto el brazo armado con la verga. Cisneros hace esfuerzos ridículos por valerse de ella: la sacude, doblando la muñeca, único movimiento que le queda libre en este brazo, y apenas toca la cabeza de Mano Blas. Con el otro brazo, en cambio, le ha zumbado un manotazo a la cara, a sacarle los ojos; el dedo pulgar se lo tiene metido en la boca, y Mano Blas lo muerde con rabia: el índice se lo zampa por la nariz, y el del medio le escarba locamente en el párpado, sin alcanzarle el ojo.

Pablo voltea, y mira este combate. Afloja a Rafael Barrios, y con un grito de satisfacción se tira a su vez sobre Cisneros, agarra un banquito que encuentra a la mano, y le golpea la frente, rechinando los dientes. Asimismo Gasolina se arrastra trabajosamente, por entre las piernas de los demás, con intención de aprovechar. El negro Julio y Nariz de Tacón, más allá, sostienen al calvo Miguel Ángel, quien, armado de un martillo, muestra ánimo de seguir el ejemplo de los anteriores. Los presos engrillados se desbandan hacia los calabozos, mientras que los que no tienen grillos, más rápidos, ya están a salvo, y contemplan la refriega desde las puertas.

—Venga y aguaita, compadre Gerónimo, que están medio matando a Cisneros —llega a decir Tarciso Blanco.

El compadre Gerónimo se incorpora en su cobija.

—¿No me diga? —exclama, y le brillan jubilosamente los ojos. A pesar de su debilidad, trémulo y emocionado, se arrastra con impaciencia hasta la puerta del número 1.

—Sí, hombre —murmura, y sus ojos se sacían en el grato espectáculo.

—Adiós, cará: le cayeron encima a Cisneros —exclama, en la puerta del número 2, Besugo—. Lo han tumbado de platanazo, y ahora lo están cayapeando Mano Blas, Pablo y Gasolina.

—Y el calvo Miguel Ángel también viene a la fiesta —agrega Manuel Flores—. Míralo allá: Nariz de Tacón y el negro Julio lo tienen agarrado.

—Adiós, cará: miren al Calvo, pues... —dice Vicente Bastidas.

—Tú ves: eso sí me contenta a mí, que le den su buena paliza a ese vergajo —opina Javier.

El regocijo del coronel Natividad es tan vehemente, que grita enardecido:

—Mátalo. Mátalo.

Y Alcibíades y el coronel Faustino lo tienen que retener de nuevo, porque si no tomará, echándose sus grillos a los brazos, el alegre camino de las sanciones.

—Cállese la boca, compadre. Mire que usted está muy viejo para estar cometiendo virotadas.

\*\*\*

Matías le ha descargado un vergazo a Rafael Barrios, que cae de rodillas, inclinándose hacia adelante. Pero Agüero, sin embargo, no lo afloja todavía. Matías le da un segundo golpe. Entonces echa de notar que el mayor empeño de Pedro Agüero es tenerle agarrada la mano derecha. Intrigado, se detiene un segundo, antes de asestar el tercer vergazo.

—La lezna. La lezna —le advierte Pedro Agüero.

—La lezna. Fíjese, cabo Matías: todavía tiene la lezna en la mano.

Quien dice las anteriores palabras es el viejo Bruno.

—¿A este viejo no lo acabo yo de dejar tieso de un vergazo? —se pregunta Matías, extrañado de verlo de nuevo a su lado, tan campanante, con la hermosa barba blanca que le ondea por la agitación. El viejo Bruno aprovecha rápidamente su indecisión para agregar:

—Con ésa fue que lo hirió.

Esta noticia, por primera vez en los ochenta segundos que lleva de duración la pendencia, lo trae a sí. Matías vuelve la cara, y contempla, a tres pasos de distancia, el cuerpo de Martín, que Carlos está tratando de sacar a la orilla del patio, y el charco de sangre que deja detrás de sí.

—Embuste, embuste —balbuce Rafael Barrios, pálido.

—Sí, es verdad —le replica Carlos—. Lo hirió a traición cuando se le fue encima.

—A traición no —porfia Barrios.

—Sí, a traición.

Matías sufre una impresión terrible, que lo enfría instantáneamente, y lo desgana de seguir dando vergazos. La vista de la sangre, la novedad, la herida de Martín Ponte, lo turban completamente. Delante de él está Pedro Agüero, sosteniendo a Barrios. Un poco más allá están medio matando a Cisneros. A tres pasos está el cuerpo inanimado de Martín, que chorrea sangre. A su lado, el viejo Bruno insiste:

—Aquí está: ésta fue la lezna con que lo hirió.

Y le muestra el instrumento que acaba de arrebatarse de manos de Barrios. Matías lo recibe, desconcertado, y se lo queda mirando. De súbito, ha despertado en su memoria la consciencia de su responsabilidad de cabo. ¿Y qué debe hacer un cabo de presos en estas circunstancias?

Por fortuna para él, en este momento se abre el buzón violentamente, y (primero la pierna, después la cabeza con el sombrero, después la barriga) salta adentro, con el revólver desenfundado, el coronel Jaimes.

—Qué broma: no le tendieron el paño para que pasara el buzón —piensa Marías mientras corre, resoplando, y tembloroso de inquietud, hacia él.

(Cuando uno de los coroneles pasa el buzón, los ordenanzas deben tenderle un paño sobre el metal para que no se ensucie).

—Ahí está el coronel Jaimes —dice a media voz Besugo, y esta frase y esta observación, circulan simultáneamente por todas las bocas y por todos los ojos de los presos. Todos ellos se aborregan ahora en las puertas de los calabozos; hasta el mismo Carlos abandona el cuerpo de Martín. Y no queda fuera más que el reducido grupo de los hombres que luchan, o que están tendidos: Mano Blas, Pablo, Gasolina, Miguel Ángel, Nariz de Tacón y el negro Julio en torno de Cisneros; Agüero sosteniendo a Rafael Barrios; Martín Ponte, inmóvil, y el viejo Bruno, que se ha quedado en expectativa a la vista de los coroneles.

Detrás de Jaimes entra el coronel Buitrago, con su cuerpo enteco y su bigotillo negro y ensortijado como un motivo asirio. En seguida, Pescado Frito, Moros, el Albañil, el coronel Hermenegildo y el coronel Pabón, con las peinillas desenvainadas; luego, seis soldados de fusil y bayoneta calada, un sargento primero con su sable, y el subteniente Dávalos, de revólver en mano.

—Disuélvanme el grupo.

La voz del subteniente Dávalos es chillona y estridente (voz de sí bemol, como la llama Quejas del Alma). A nadie se le ocurriría usar semejante voz para dictar una voz de mando tan imperiosa como la anterior. Sin embargo, el subteniente Dávalos lo hace, y la rubrica con un gesto a lo Napoleón en el puente de Arcole.

Por lo demás, la orden es perfectamente inútil: en primer lugar, soldados y chácharos saben a qué vienen, y sin necesidad de ella, se precipitan gustosamente a su tarea; en segundo, porque los que luchaban, suspenden automáticamente sus actividades con la entrada del personal.

—Ahí está el gobierno —susurra Mano Blas al oído de Pablo, y ambos se levantan, abandonando a Cisneros, con los cansados brazos colgando a lo largo del cuerpo, en espera de lo que ha de sobrevenir.

—¡Matías! ¡Matías! —clama Cisneros, en el suelo, y cambia esta imprecación por: —¡Coronel Jaimes! ¡Coronel Jaimes! —apenas se perca de su presencia.

—El pandorga ése tiene más vidas que un gato —comenta con acritud Silvestre Pantoja.

A pesar de la actitud rendida de los hombres, los que acaban de entrar caen contra ellos con vesania. Un soldado es el primero que alcanza a acomodarle un culatazo a Mano Blas: éste se lo tapa con el brazo, pero al mismo tiempo un chácharo le da un cintarazo con el sable, y otro soldado le pega con el fusil por la nuca, derribándolo. A Pablo lo acosan Pescado Frito y el coronel Hermenegildo. Un soldado le coloca la bayoneta en el pecho al viejo Bruno, haciéndolo retroceder. Otro se lanza encima de Nariz de Tacón, y cuando éste menos lo sospecha le endilga un soberbio culatazo en la cintura, arrollándolo.

—Ése no. Ése es ordenanza —le advierte Matías.

—Póngale cuidado a los muchachos —le ordena el coronel Jaimes al subteniente Dávalos, y éste corre y le da al soldado un puntapié en el fondillo.

—No seas... animal... —tartamudea, intercalando las palabras con golpes.

De la misma manera acorralan a Pedro Agüero y a Miguel Ángel.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —está interrogando Jaimes a Matías.

—Un pleito —contesta el cabo.

—Coronel Jaimes: este hombre me iba medio matando —dice Cisneros, corriendo a él, en tanto que acusa a Mano Blas.

—Mire cómo me ha puesto.

No es posible menos de echarse a reír al verle la cara. Su gruesa, gorda, basta cara de mulato, sembrada de barros, está amoratada por varios lados. Tiene un ojo azul, y le mana sangre de tres chichones en la frente, de la nariz, y de los abultados labios, enormes y rotos.

—Lo dejaron como guanábana de regalo —comenta a lo lejos el compadre Gerónimo con satisfacción.

—¿Y usted por qué se dejó pegar? ¿Usted es manco, pues?

Decepcionado con esta respuesta, Cisneros vacila un segundo; pero ve en el suelo, rota en dos pedazos, la verga que le arrancaron de las manos; recoge el trozo mayor, y temblando de cólera va a agregarse a los que apalean al arrodillado Mano Blas.

—¿Y éste? ¿Qué tiene? —pregunta el coronel Buitrago, inclinándose sobre el cuerpo de Martín.

—Está herido. Lo hirió Rafael Barrios —le contesta el viejo Bruno, siempre detrás de las bayonetas que lo contienen contra un pilar.

—Es verdad. Rafael Barrios lo hirió —grita Carlos, desde la puerta del número 3.

—Coronel: yo soy inocente. Yo estaba trabajando y éste vino a buscarme pleito —barbota Rafael Barrios.

A riesgo de que lo pinche la bayoneta, el viejo Bruno le desmiente:

—Embuste. Embuste. Él fue el que armó el zaperoco. Él fue el que hirió a Martín.

—No se mueva. No se mueva —le increpa el soldado.

Un coro de acusaciones brota de todos los calabozos, apoyando a Bruno.

—Sí. Es verdad. Ése fue. Él atacó relancino a Martín.

—Martín me buscó pleito. Me quería robar mi cajeta. Yo tuve que defenderme.

—¿Cómo se llama éste? —pregunta el coronel Jaimes.

—Rafael Barrios —contesta Matías—. Éste fue el heridor.

—Yo tuve que defenderme —insiste desesperadamente Barrios—. Martín quiso chivatearme, y yo lo que hice fue no dejarme chivatar, porque yo soy un hombre.

—Hombre... hombre... —murmura el coronel Jaimes, con tono zumbón—. Aquí no hay hombres. Aquí lo que hay es presos. El preso es preso, y su apellido es calabozo.

—¿Con qué lo hirió? —pregunta Buitrago.

—Con esta lezna —responde Matías, entregándosela.

Los soldados y los chácharos se han cansado ya de pegar, y dejan quietas, magulladas e inmóviles, a sus víctimas.

—¿Y tú también estabas metido en este brollo? —exclama el coronel Jaimes dirigiéndose a Mano Blas, sin hacer más caso de Rafael Barrios, ni del herido, ni de nadie—. No te me descarriléis: mirá que la orden que tengo es eliminarte.

—Ése fue el principal que soliviantó a todo el mundo —chilla Cisneros—. El fue el que armó el alboroto.

—Echámele diez vergazos —ordena Jaimes.

Cisneros se los da, con la verga de Matías.

—Préstame la tuya, Matías, que la mía se me rompió —Con ella en la mano se sacia sobre el cuerpo ya ensangrentado por todos lados de Mano Blas. Al escándalo ensordecedor de hace un minuto, ha sucedido en el presidio un silencio de paisaje lunar.

—Ponémele grillos a todo el mundo —decide Jaimes—. A éste ponémele grillos dobles —indicando a Mano Blas—. Vaya usted mismo, Buitrago, para que los escoja.

—Me voy a llevar a éste para la enfermería —dice Buitrago, y volviéndose a dos soldados—: Tú y tú, cojan a este hombre y vamos a llevarlo a la enfermería.

La cabeza de Martín bambolea, caída hacia atrás, cuando lo conducen. Su cara está blanca. La franela tinta en sangre por el lado izquierdo.

—El muchacho como que panqueó —murmura en voz baja el coronel Natividad.

Momentos después, comienza a venir la mochila de los grillos. Matías se arrodilla; coloca las argollas, la barra; introduce la chaveta; la remacha a mandarriazos. Cisneros le ayuda. Los ordenanzas trasladan los pesados hierros. Los chácharos, los soldados, contemplan en silencio. Los presos miran desde lejos, y se dicen:

—Mira ese miura que le tocó al pobre Miguel Ángel. Sesenta libras por lo menos.

A Mano Blas le ponen dos pares: el par de grillos delgados abajo, los pesados arriba, a fin de que éstos pesen sobre aquéllos para que los hundan poco a poco en la carne.

—Me los metés al Olvido, me los encortinás, y no me los pasás ni cobija, ni comida, ni nada.

Mano Blas, el viejo Bruno, Miguel Ángel, Pedro Agüero, Gasolina, Pablo y Rafael Barrios van desfilando, uno a uno, hacia el siniestro calabozo, cuya puerta es tan baja que tienen que encorvarse para entrar. Después Matías tranca la puerta y la tapa con una espesa cortina de tela de coleta clavada contra el marco.

Entonces los coroneles se van.



A través de la delgada pared se filtra la humedad de los excusados, que están contiguos. También por el quicio de la puerta penetra el agua sucia, pues el piso del patio está más alto. Otra cosa que entra es la fetidez de la vecina porquería. La celda es tan angosta, que una persona sentada contra una pared toca la otra con la punta de los pies. Tan oscura, que la oscuridad silba, como un caracol.

—Ah, malhaya sea —suspira Mano Blas—. Por una chiripa que no dejo a ese pedazo de muérgano con su cuarto de vara de lengua afuera.

—De verdad, Mano —asiente Pablo—. Por una chiripa que no lo deja. Ya lo tenía boqueando.

—Ah zambo más sortario —tercia amargamente Gasolina—. La mala intención es lo que lo salva. Coronel llegó momento mismo que estaba blanqueando los ojos.

—Y las ganas que tenía yo de pegarme a ese carrizo —insiste Pablo.

—Así supe —dice Miguel Ángel —¿Y quién no le tiene ganas a ese diablo?

—El pobre Martín, como que quedó grave —recuerda Mano Blas.

—Yo no podía dejarme chivatear por Martín. Yo no tuve la culpa —insinúa Rafael Barrios.

Un silencio acusador se hace a sus palabras.

—Yo soy un hombre —quiere insistir Barrios.

—No sea bolsa, hombre. Cállese la boca. Aquí no habemos sino puros hombres —le responde el viejo Bruno.

Y esta sentencia es todo un dogma que aplasta, para siempre jamás, toda posible controversia.